

La "Alabanza de Aldea" en la narrativa de Juan Valera

Ana Isabel Martín Moreno

Universidad de Córdoba

La figura del escritor cordobés Juan Valera suele asociarse normalmente a novelas de corte idealista con fuerte sabor andaluz y final feliz, características que las hacen contrastar con las novelas realistas y naturalistas que proliferaban en la España de la segunda mitad del siglo XIX; al mismo tiempo, si bien la amistad y admiración que sentía el autor egabrense por Estébanez Calderón es sobradamente conocida¹, el aderezo costumbrista en su narrativa está hasta tal punto sumergido en la más fina ironía y ambigüedad que hace imposible su encasillamiento en la novela costumbrista.



Retrato de madurez de Juan Valera, hecho por B. Maura.

La crítica se encuentra entonces con un autor inclasificable en las corrientes literarias de la época: es idealista pero rechaza el amor platónico de los románticos (defenderá en todo momento la fuerza de un amor real, sensual y profundo); describe —a veces minuciosamente— los lugares y costumbres andaluzas, con un realismo fruto de la experiencia personal (hay una fuerte vinculación entre vida y obra, de suerte que Cabra y Doña Mencía aparecen repetidamente en sus novelas, aunque con nombres encubiertos), pero al mismo tiempo el tratamiento idealista del relato lo aleja del realismo de un Galdós; no se engaña con la naturaleza humana, e incluso se siente atraído por las corrientes naturalistas, atracción que se reflejará en *Juanita la Larga* y *Genio y figura*, pero el optimismo que emana su narrativa hacia temblar a la mismísima Emilia Pardo Bazán².

La clave para interpretar la narrativa de Valera reside en su defensa de la Estética. Es este "ideal de esteticismo", la idea de que ante todo debe reinar "lo bello", lo que hace que el autor, de amplia formación clásica y sobrado conocimiento de la literatura de su época³, cree una narrativa tan carismática:

"Hay en nosotros un criterio artístico que precede a la imitación y aun a la observación: hay en nosotros un ideal de hermosura que nos sirve de norma y de guía para reconocer la hermosura real y reproducirla en nuestras obras, purificándolas y limpiándolas de sus imperfecciones y lunares. El arte no es, por tanto, la imitación de la Naturaleza, sino la creación de la hermosura y la manifestación de la idea que tenemos de ella en el alma, revistiendo esta idea de forma sensible".⁴

¹ Refiere al respecto Antonio Moreno Hurtado: "En Nápoles, Valera había conocido también a Don Serafín Estébanez Calderón"... "Al enjuiciar el estilo literario de Juan Valera, la crítica ha aceptado, sin discusión, la opinión autorizada de Manuel Azaña, que afirma que Valera aprendió de Estébanez Calderón el amor a la literatura española, a los libros antiguos y al iberismo" /.../ "Estébanez representó, en su tiempo, el triunfo del clasicismo de corte puramente nacional. Profundo conocedor del latín y del griego tenía muchos puntos en común con su joven amigo Valera. Estébanez simbolizaba el casticismo y el costumbrismo genuinamente andaluzes, pero resultaba excesivamente purista". Véase MORENO HURTADO, A., "El elemento castizo en la obra de don Juan Valera" (I), *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Letras*, nº 126, año LXIV, 1994, pp. 323 y 324.

² "Valera propugna una narración fruto de la observación de la vida diaria, pero sin los excesos del Naturalismo. No le interesan las pasiones ni el lado desagradable de la existencia. Como acertadamente ha señalado Luis López Jiménez [*El naturalismo y España: Valera frente a Zola*, Madrid, Alhambra, 1977], Valera se recrea en lo creíble, lo natural y lo bello, mientras que Zola se preocupa de resaltar la realidad cruda y exagerada, la miseria humana ante una incierta esperanza de redención". Véase MORENO HURTADO, A., "El elemento castizo en la obra de don Juan Valera" (II), *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, nº 127, año LXV, 1994, p. 439.

³ Refiere al respecto M^o del Pilar Palomo: "Humanista "a su manera", Juan Valera /.../ participa de la política, la literatura y las artes europeas y americanas de su momento, más que ningún otro escritor español de su generación, y compagina ese cosmopolitismo y esa coetaneidad con una devoción a los clásicos que, como él mismo afirma, es algo que poco o nada tiene que ver con la fría *imitatio* libresco o con el *ornatus* superficial de la cita cultista. Valera recrea los modelos clásicos, fundiéndolos con su momento histórico—costumbres e ideas literarias—, al mismo tiempo, fusionando su propio existir con los modelos consagrados /.../ Y en ambos aspectos—*recreatio* y *fusión*—, se sitúa en la más esencial perspectiva de un quehacer humanístico". Véase PALOMO, M.P., "*Pepita Jiménez*", en *Juan Valera*, edición de Enrique Rubio Cremades, Madrid, Taurus, 1990, p. 276.

⁴ VALERA, J.: "Qué ha sido, qué es y qué debe ser el arte en el siglo XIX" (1861), en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, tomo II, 1949, p. 220; recogido en THURSTON-GRISWOLD, H., *El idealismo sintético de don Juan Valera: teoría y práctica*, Maryland, Scripta Humanistica, 1990, p. 31.

Frente al pesimismo descarnado que late en el realismo y el naturalismo, Valera sigue su propia versión de la máxima horaciana del *docere / delectare*: repitidas veces subraya que la novela debe ante todo "entreteñer" al público lector; no obstante, no hay en él deseo alguno de moralizar⁵, sino de mostrar la sociedad como es, con su lado oscuro, sí, pero también con su vitalismo immanente. El propio autor defiende la teoría del *arte por el arte*:

"El arte debe ser por el arte. El poeta no debe proponerse la demostración de ninguna tesis: no debe enseñar, sino deleitar... El poeta se propone a veces demostrar algo: a veces sólo se propone divertir o entusiasmar: pero, acaso cuando menos conciencia tiene y menos propósito lleva de ser docente, es cuando enseña más, ya que, poniendo el alma en su obra, pone también los enigmas y los problemas que en ella hay y los descifra o los resuelve a su modo"⁶.

Rebozadas así en "lo bello"⁷, sus novelas pueden llevar a engaño, y el lector poco perspicaz apreciará sólo una buena historia de amor—la profundidad psicológica de sus personajes es incuestionable—, y un mundo rural idílico, andaluz casi siempre, en el que los protagonistas siempre alcanzan la felicidad (apreciación posible en *Pepita Jiménez* y *Juanita la Larga*, pero no en *Doña Luz* o *Las ilusiones del doctor Faustino*). Y es que, en cierta medida, ésta es la arena que Valera desea echar en los ojos del lector, o mejor dicho, de la censura de su época. Porque si algo hay que tener presente en todo momento es que las armas favoritas de Juan Valera son la ironía y la ambigüedad.

Es cierto que en sus novelas hay amor, recreación gozosa en la tradición y modo de vivir andaluces, y un aparente conformismo con la jerarquización político-social del momento. La descripción de las costumbres andaluzas, la benévola mirada con la que el omnisciente narrador nos sumerge en el microcosmos social de los pueblos pequeños (el cura bonachón, el cacique bueno, las tranquilas tertulias nocturnas, la perfección y belleza de las protagonistas, la naturaleza en todo su esplendor.)

hacen que en un principio el lector anhele el ambiente "sano", no viciado, y la sencilla vida de los pueblos, frente a la agitada vida urbana. En otras palabras, Valera recurre al tópico horaciano de la "alabanza de aldea", de la "aurea mediocritas", estrechamente ligado al "beatus ille" virgiliano, ambos fuertemente arraigados en la tradición clásica española⁸.

Pero, según se verá a continuación, esta "alabanza" es el instrumento con que el autor se defiende de cualquier crítica adversa que pudiera derivarse de los ataques directos que, a golpes de ironía y ambigüedad jocosa, lleva a cabo constantemente contra la sociedad y la política de la España decimonónica. Esto puede apreciarse claramente en las tres novelas que aquí se analizarán, *Pepita Jiménez* (1875), *Doña Luz* (1878) y *Juanita la Larga* (1895).

Pepita Jiménez es sin duda la obra más conocida del autor, y en ella trata uno de sus temas favoritos, el amor, en dos de sus vertientes: el enfrentamiento entre el amor divino y el humano, y el amor viejo-niña⁹. Ya ha sido también suficientemente estudiado por la crítica la caracterización psicológica de los personajes, el estilo epistolar, y el costumbrismo más o menos polémico de Valera. Aquí nos centraremos, según se ha dicho anteriormente, en su análisis irónico de la sociedad y política rural, embozados en el tópico de la "alabanza de aldea".



Cubierta de *Pepita Jiménez*, edición crítica de C. Cuevas y S. Montes, facsímil de la edición de *El Imparcial* (1874), Málaga, Arguval, 1994.

⁵ Dice el propio Juan Valera: "Toda poesía perfecta, hasta donde la perfección cabe en lo humano, es verdadera y moral, contiene verdad y bien, está en plena concordancia con la moral y con la ciencia. Y a mi ver, dicha concordancia aparecerá con tanta mayor claridad y brillantez cuanto menor sea el propósito del poeta de sostener una tesis, de dar lecciones de moral o de enseñar científicamente esto o aquello", en "La moral en el arte", *Obras completas*, tomo II, p. 919. Texto recogido en GARCÍA CRUZ, A., *Ideología y vivencias en la obra de don Juan Valera*, Universidad de Salamanca, 1978, p. 91.

⁶ VALERA, J., "Los fines del arte fuera del arte" (1896), en *Obras completas*, tomo II, op. cit., p. 918; recogido en THURSTON-GRISWOLD, H., op. cit., pp. 28-29.

⁷ Señala al respecto Henry Thurston-Grissold: "Valera, siempre fiel a sus modelos clásicos, intenta una síntesis de estas diferentes acepciones de lo bello en su ensayo sobre la "Belleza", declarando que "el resultado de todo nuestro estudio dialéctico es esta definición de belleza: belleza es el resplandor de la bondad intrínseca, cuya mera contemplación produce puro deleite y amor desinteresado..." (..) Esta vinculación de la belleza con la bondad intrínseca es otro aspecto central de la estética valeriana; se encuentra el origen de este enlace entre la belleza y la moral en la tríada clásica de la verdad, la bondad y la belleza formulada por Platón. En el caso de Valera, tendremos que examinar cómo esta conjunción de la moral y la belleza concuerda con su defensa incesante de la doctrina del Arte por el Arte". Véase THURSTON-GRISWOLD, H., op. cit., p. 34.

⁸ "Las novelas de Valera tienen lo que Montesinos [*Valera o la ficción libre*, Madrid, Gredos, 1957] llama "sabor renacentista", es decir, una abundancia de citas de los clásicos en las que rezuman lo sensual y lo irónico. En sus novelas, en sus artículos y en sus cartas hay constantes referencias a la "aurea mediocritas", a la vida retirada o contrastes de algunos de sus caracteres con personajes literarios o históricos. El espíritu del humanista aparece también en el canto a la naturaleza, en ese deseo constante de imitar a Cincinato y volverse a labrar sus viñas menciánas, cuando la vida de la Corte le aburre o le desengaña. De ahí que se complazca en la descripción detallada de la vida rural andaluza, de sus fiestas, procesiones, comidas y tertulias". MORENO HURTADO, A., "El elemento castizo..." (II), op. cit., p. 442.

⁹ Sobre el tema del amor en Juan Valera véase RUPE, C.J., *La dialéctica del amor en la narrativa de Juan Valera*, Madrid, Editorial Pilegos, 1986.

Aunque dicha ironía se desarrollará sobre todo en *Juanita la Larga*, es en *Pepita Jiménez* donde los tópicos del "beatus ille" y la "alabanza de aldea" brillan en su más puro esplendor. En efecto, esta obra abunda en descripciones idílicas del paisaje y de la armonía que reina —aparentemente, eso sí— entre los habitantes del pueblo al que retorna el seminarista don Luis de Vargas. Así, leemos en la parte I, "Cartas de mi sobrino":

"Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez en ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de hierbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra a estas sendas pomposos y gigantescos nogales, e higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreleña. Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y alamedas. (p. 38)¹⁰

El mismo bucolismo encontramos en la descripción de la huerta de Pepita Jiménez:

"Es hermoso sitio, de lo más ameno y pintoresco que puede imaginarse. El riachuelo que riega casi todas las huertas, sangrado por mil acequias, pasa al lado del que visitamos; se forma allí una presa, y cuando se suelta el agua sobrante del riego, cae en un hondo barranco poblado en ambas márgenes de álamos y negros mimbrones, adelfas y otros árboles frondosos. La cascada, de agua limpia y transparente, se derrama en el fondo formando espuma, y luego sigue su curso tortuoso por un cauce que la naturaleza misma ha abierto, esmaltando sus orillas de mil hierbas y flores, y cubriéndolas ahora con multitud de violetas. (p. 60)"

No es extraño que en esta esplendorosa naturaleza surjan los primeros síntomas de amor en el pecho del joven protagonista¹¹, cuando, en medio de una excursión por sus propias tierras, se queda a solas con Pepita:

"El agua del pozo de la Solana forma un arroyo claro y abundante, donde vienen a beber todos los pajarillos de las cercanías [...] Siguiendo el curso del arroyo, y sobre todo en las hondonadas, hay muchos álamos y otros árboles altos que, con las matas y hierbas, crean un intrincado laberinto y una sombría espesura [...] es difícil imaginar nada más esquivo, agreste y verdaderamente solitario, apacible y silencioso que aquellos lugares. [...] Andando por aquella espesura hubo un momento en el cual, no acierto a decir cómo, Pepita y yo nos encontramos solos [...] Entonces sentí un estremecimiento por todo el cuerpo. (p. 82)"

Resulta imposible no remitirse a los versos de Fray Luis de León leyendo estas líneas¹². De igual modo, el modelo del *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, de Fray Antonio de Guevara, es un referente claro:

"La vida aquí tiene cierto encanto. Para quien no sueña en la gloria, para quien nada ambiciona, comprendo que sea muy descansada y dulce vida. Hasta la soledad puede lograrse aquí haciendo un esfuerzo. (p. 77)"

Como ya se ha señalado, este "locus amoenus" tan renacentista viene acompañado por una visión benevolente del sistema político-social de la época, engalanado con el colorido costumbrista: el respeto y el cariño prodigados a la figura del cacique, las amenas y selectas

¹⁰ Sigo para este estudio la edición de Demetrio Estébanez Calderón, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

¹¹ Destaca Leonardo Romero: "la emoción del seminarista ante la belleza del campo, la refinada pulcritud de las viviendas, el papel simbólico de los huertos en los que se encuentran y terminan encerrándose los amantes, la potencia genesiaca, en fin, que al anochecer emana del paisaje natural, son componentes básicos del marco espacial de esta novela. La poesía bucólica clásica y las novelas de Longo y de George Sand dan los estímulos literarios de carácter general que subyacen a este empleo caracterizador de la naturaleza". Véase VALERA, J., *Pepita Jiménez*, edición de Leonardo Romero, Madrid, Cátedra, 1989, p. 57.

¹² Leemos en la "Canción de la vida solitaria":

"¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.
.....
Del monte en la ladera,
por mi mano plantado, tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto;
y, como codicioso
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura;
y, luego, sosegada,
el paso entre árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura va vistiendo
y con diversas flores va esparciendo."

tertulias, la alegría rural...

"En las grandes ciudades es fácil no recibir, aislarse, crearse una soledad, una Tebaida en medio del bullicio; en un lugar de Andalucía, y, sobre todo, teniendo la honra de ser el hijo del cacique, es menester vivir en público. No ya sólo hasta el cuarto donde escribo, sino hasta mi alcoba penetrar, sin que nadie se atreva a oponerse, el señor Vicario, el escribano, mi primo Currito, hijo de doña Casilda, y otros mil que me despiertan si estoy dormido y me llevan donde quieren. El casino no es aquí mera diversión nocturna, sino de todas las horas del día. /.../ En fin, hay aquí una holganza tan encantadora, que más no puede ser (p. 76) /.../ Todas las noches, de nueve a doce, tenemos, como ya indiqué a usted, tertulia en casa de Pepita. Van cuatro o cinco señoras y otras tantas señoritas del lugar, contando con la tía Casilda, y van también seis o siete caballeros /.../ La gente formal de la tertulia es la de siempre. Se compone, como si dijéramos, de los altos funcionarios: de mi padre, que es el cacique; del boticario, del médico, del escribano y del señor Vicario. (p. 91)¹³



Dibujo del pintor renacentista giorgione, titulado *Paisaje con viejo*, ilustrativo del tópico del "beatus ille".

El broche dorado lo pondrá un final feliz, en el que don Luis se nos presenta como un marido y padre perfecto, con un futuro prometedor como heredero de las tierras de don Pedro.

Pero en medio de esta euforia armónica Valera va deslizándose una crítica que irá *in crescendo* en su trayectoria narrativa. Así, Pepita es queridísima en el lugar, pero el autor no deja escapar la ocasión de recordar su matrimonio por interés con el viejo don Gumersindo, que levantó murmuraciones rurales nada idílicas, y que ni el propio don Luis, en su inocencia, consigue conciliar con

la imagen de candor que ella emana ("Pepita Jiménez se casó con don Gumersindo. La envidia se desencadenó contra ella en los días que precedieron a la boda y algunos meses después. En efecto, el valor moral de este matrimonio es harto discutible", p. 42). Ya se han referido los numerosos pasajes en los que se alaba la vida de aldea, pero el autor deja bien claro en un determinado momento que la moral de este pueblo se rige por el "tanto tienes, tanto vales", y que las cosas no serían igual para Pepita si ésta no tuviera el dinero que tiene:

"Aquí, como en todas partes, la gente es muy aficionada al dinero /.../ en los pueblos pequeños, donde ni la gloria literaria o científica, ni tal vez la distinción en los modales, ni la elegancia, ni la discreción y amenidad en el trato, suelen estimarse ni comprenderse, no hay otros grados que marquen la jerarquía social, sino el tener más o menos dinero o cosa que lo valga. Pepita, pues, con dinero y siendo además hermosa, y haciendo, como dicen todos, buen uso de su riqueza, se ve en el día considerada y respetada extraordinariamente (pp. 43-44)"

Las tertulias serán muy amenas, pero en la "holganza" del casino el conde de Genazahar no tiene reparos en referirse a Pepita en términos nada halagüeños, ni los "felices" aldeanos en escuchar sus palabras:

"No es nada pécora la tal Pepita Jiménez. Con más fantasías y más humos que la infanta Micomicona, quiere hacernos olvidar que nació y vivió en la miseria hasta que se casó con aquel pelele, con aquel vejedorio, con aquel maldito usurero, y le cogió los ochavos. La única cosa buena que ha hecho en su vida la tal viuda es concertarse con Satanás para enviar pronto al infierno a su galopin de marido, y librar la tierra de tanta infección y de tanta peste. Ahora le ha dado a Pepita por la virtud y por la castidad. ¡Buena estará todo ello! Sabe Dios si estará enredada de ocultis con algún gañán, y burlándose del mundo como si fuese la diosa Artemisa (p. 139)"

La base de este doble juego radica en el narrador: a las descripciones y valoraciones de don Luis, un privilegiado y por tanto observador parcial, el omnisciente Valera añade siempre un comentario irónico, y no vacila en señalar explícitamente que el bucolismo y perfección del ambiente rural recreado reside sólo en los ojos del inocente seminarista¹⁴. Así, el autor se refiere al episodio del casino de la siguiente manera:

¹³ Como apunta Asunción Rallo en su edición al *Menosprecio de corte* de Fray Antonio de Guevara, "la aldea no aparece sólo como un lugar físico, incluso ya connotado de bondad moral, sino siquico y social. En la aldea se mantienen unas relaciones humanas no corrompidas por el intercambio social, no hay ambición ni vanagloria, cada cual tiene lo suyo y no desea lo de los demás /.../ cada cual ocupa el lugar y oficio que le corresponde". Véase GUEVARA, A., *Menosprecio de corte y alabanza de aldea / El arte de marear*, edición de Asunción Rallo, Madrid, Cátedra, 1984, p. 80.

¹⁴ De igual forma, ya F. Márquez Villanueva ve claro en Guevara un uso intencionalmente manipulado del tópico horaciano de la "alabanza de aldea": "Es el momento de dejar en claro que ni el desfile de los privilegios de la aldea ni el llamar "bienaventurado" al desertor de la corte bastarían a la altura de 1539 para acreditar a Guevara como tal horciano /.../ La característica parcialidad guevariana por la exclusiva esfera de lo humano desliga por entero a su aldea de la tradición del *locus amoenus*, centrada sobre el acercamiento visual a la naturaleza y el principio de *la pictura poësis*. Sometida a una extrema manipulación retórica, la aldea del *Menosprecio de corte* representa un espacio literario abstracto /.../ La "infelice libertad" de la corte prevalece, con su vida acosada de problemas, sobre la libertad demasiado feliz de la muerta futilidad aldeana. Lo que dicha "alabanza" de la aldea pone fuera de toda duda para un discreto lector es que la vida suelta y supuestamente placentera que acaba allí de aclamar es en realidad limitada y empobrecedora". Véase MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., *Menosprecio de corte y alabanza de aldea (Valladolid, 1539) y el tema áulico en la obra de Fray Antonio de Guevara*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1998, pp. 141 y 149.

"A las personas recogidas, que no asisten a reuniones de hombres solos, escandalizará sin duda este lenguaje, les parecerá desbocado y brutal hasta la inverosimilitud; pero los que conocen el mundo confesarán que este lenguaje es muy usado en él [...] Don Luis, que desde niño había estado acostumbrado a que nadie se descompusiese en su presencia, ni le dijese cosas que pudieran enojarle, porque durante su niñez le rodeaban criados, familiares y gente de la clientela de su padre, que atendían sólo a su gusto, y después en el Seminario, así por sobrino del Deán como por lo mucho que él merecía, jamás había sido contrariado, sino considerado y adulado, sintió un aturdimiento singular, se quedó como herido por un rayo (pp. 138-139)"

Del mismo modo, el final feliz de la pareja se conoce a través de las cartas que don Pedro escribe a su hermano el Deán, y es de suponer que a los ojos del cacique todo aspecto negativo sencillamente no existe¹⁵. Es decir, el autor deja la "alabanza de aldea" a protagonistas favorecidos social y políticamente, y él se limita a tamizar tanta belleza con alusiones irónicas, basadas en su conocimiento profundo de la naturaleza humana.

Para comprender esta actitud es preciso tener en cuenta dos aspectos claves en la figura de Valera, señalados siempre por los estudiosos: su posición social (era miembro de la clase dominante en la España del XIX) y su ideal de "Belleza estética", que le impiden hacer una crítica descarnada del sistema o la condición humana. Pero al mismo tiempo, no puede resistir la tentación de hablar de lo que conoce bien —la sociedad real y las costumbres reales españolas¹⁶—, y su talante escéptico halla el cauce perfecto en la ironía y la ambigüedad¹⁷.

Con *Doña Luz* Juan Valera avanza un paso más. El argumento de esta novela es muy parecido al de *Pepita Jiménez* (el amor espiritual enfrentado al amor sensual) pero su tratamiento será mucho más complejo: la protagonista es hija ilegítima del marqués de Villafraja, y tras la muerte de su libertino progenitor, vive bajo el amparo del brazo derecho de éste, don Acisclo. El padre Enrique, experto misionero en oriente y sobrino de don Acisclo, llega al pueblo para reponerse de una enfermedad, y no tarda en enamorarse perdidamente de doña Luz, si bien ninguno de los dos personajes se da cuenta

de su amor (o se atreve a reconocerlo) hasta que aparece don Jaime Pimentel, candidato a diputado y futuro esposo de doña Luz. Tal circunstancia — el enlace entre su amada y el diputado— llevará al sacerdote a morir de amor, y la protagonista no reconoce hasta el final que el padre Enrique era el hombre de su vida.

Sin embargo, por encima de esta historia de amor, lo que verdaderamente centra la atención del autor es la crítica al sistema político. Ésta se da desde el principio mismo de la novela, con la presentación de don Acisclo, hombre de confianza del marqués. Perfecto administrador de los bienes de su señor, su ánimo no se altera por el hecho de robarle en la medida de lo que puede, justificándose siempre con la excusa de que otros, si pudieran, le dejarían en la miseria. La ironía valeriana se deja sentir continuamente:

"Su buena fama trascendía por toda la provincia. No le estimaban sólo como a persona que tiene el riñón bien cubierto, y que no se dejaría ahorcar por dos o tres millonajos de reales, sino que era preconizado como sujeto muy cabal, formalísimo en sus tratos y seguro hasta la pared de enfrente, y como tan recto, devoto de María Santísima y temeroso de Dios, que casi, casi estaba en olor de santidad, a pesar de las malas lenguas, que no faltan nunca. Lo cierto es que don Acisclo había sabido conciliar su medro con la probidad y la justicia. Había sido administrador del marqués de Villafraja durante veinte años lo menos, y se había compuesto de manera que todos los bienes del marquesado habían ido poco a poco pasando de las manos de su señoría a sus manos más ágiles y guardadas. Este pase o dislocación se había producido natural y legítimamente. Don Acisclo no tenía culpa ninguna de que el marqués hubiese sido despilfarrador y perdulario; y más que por culpa podía y debía contarse por mérito que él fuese ingenioso, ahorrativo y aprovechadísimo. Siempre se condujo con la mayor lealtad en la administración. (p. 50)"¹⁸.

De resultas de su "ejemplar" comportamiento, doña Luz, que se ve arruinada después de la muerte de su padre, debe vivir bajo su protección y en su casa. La decisión de don Acisclo de prosperar en política sirve al narrador para detenerse exhaustivamente en este aspecto de la vida humana. De hecho, dedica un capítulo ente-

¹⁵ Así lo percibe también Carlos Feal: "será justamente don Pedro, quien, en las cartas a su hermano que constituyen el epílogo de la novela, se encargue de dar los últimos toques a la feliz pintura de los casados. Pepita y Luis viajarán al extranjero, de donde traerán de vuelta al pueblo muebles, libros y objetos de arte. Las esperables tensiones entre estos dos privilegiados y los miserables lugareños son algo que se pasa por alto". Véase FEAL, C., "*Pepita Jiménez* o del misticismo al idilio", en *Juan Valera*, op. cit., p. 270.

¹⁶ Añade en relación a esto Leonardo Romero: "El campo andaluz provocaba en el escritor emociones y sentimientos contrapuestos. De todo ello sacaba Valera materia estimulante para su recuerdo y su actividad. "Este es un país —escribe desde Cádiz a su mujer— pobre, ruin, infecto, desgraciado, donde reina la pillería y la mala fe más insigne. Yo tengo bastante de poeta, aunque no te lo parezca, y me finjo otra Andalucía muy poética, cuando estoy lejos de aquí". Véase VALERA, J., *Pepita Jiménez*, edición de Leonardo Romero, op. cit., p. 30.

¹⁷ Señala Andrés Amorós: "Se expresaba habitualmente con ambigüedad, con ironía. A eso le empujaban su inteligencia, su sentido del humor, su temperamento escéptico; también, sus cautelas: "¿Cómo quieres tú que en España, sin inutilizarme para todo y para siempre, hubiera podido yo decir tales cosas sin velarlas con reticencias e ironías?". Véase VALERA, J., *Pepita Jiménez*, introducción de Andrés Amorós, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, pp. 15-16.

¹⁸ Utilizo la edición que de la obra hace Enrique Rubio, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

ro (X, "Un ilustre candidato") a las aspiraciones del administrador: "-Aspiro al poder. El poder es el complemento del dinero. Quiero ser hombre político, personaje influyente, dueño de este distrito electoral, derrotando al cacique de la cabeza del distrito, que hoy lo puede aquí todo / .../ La política-verdad es que todos los que formamos la nación española damos al gobierno cada año, por diferentes maneras, más de la mitad de lo que la tierra, nuestro trabajo y nuestro caletre producen. El gobierno luego, ya en forma de pagas, ya en forma de subvenciones, ya en otras formas, reparte todo esto entre sus amigos. De esta suerte, lo que absorbe el Gobierno como contribución, se derrama de nuevo como benéfica lluvia. ¿No es necesidad que yo pague y no cobre? / .../ ¿Pues qué, ¿no tengo yo sobrinos, hijos y ahijados a quienes dar turrón?" (pp. 130-131)

El siguiente capítulo, titulado "Preparativos electorales", es una descripción minuciosa de la política del momento, hecha a base del famoso "pucherazo", y de alianzas y deudas encubiertas, que don Aciselo no duda en utilizar para salir victorioso y colocar en el poder a su "hombre de paja", Don Jaime Pimentel. Enrique Rubio resume así la situación política de la época: "La oligarquía dominante de este período se componía casi mayoritariamente de burgueses dedicados al control del poder y de la Administración, de hombres de negocios y de militares. Realidad política basada, de hecho, en dos instituciones. Por un lado, la existencia de una minoría política dirigente, constituida por hombres de dos partidos y estrechamente conectada tanto por extracción social como por sus relaciones familiares y sociales. Por otro, una especie de supervivencia señorial en los medios rurales, en virtud de la cual algunas figuras del pueblo, destacadas por su poder económico, por su prestigio o por su influencia (reparto de turrones), controlaban las aldeas. El funcionamiento del sistema provoca la existencia de tres piezas claves en la peripécia argumental de *Doña Luz*: el político de Madrid—Jaime Pimentel—, el cacique de la comarca—el inamovible don Paco, rival de don Aciselo— y el gobernador civil en la capital como enlace entre uno y otro. Salta, pues, a la vista, la débil plataforma moral de un régimen basado en el falseamiento sistemático de la Constitución"¹⁹.

De este modo, lo que *Doña Luz* nos ofrece es, por un lado, la compleja relación amorosa existente en el triángulo formado por doña Luz, el padre Enrique y Jaime Pimentel, y, por otro, el corrupto sistema político que Valera no vacila en tratar al detalle. ¿Podemos hablar entonces de "alabanza de aldea" en esta obra? Sí, por-

que Villafraja simboliza la subversión del tópico horaciano: las tentaciones y ambiciones humanas en esta aldea son idénticas a las de la gran ciudad; apenas dedica el autor unos párrafos a las costumbres y paisajes del lugar, volcado como está en el análisis de las diversas y poderosas pasiones de los personajes, sean por amor o por ansia de poder. En consecuencia, el final es trágico.

Si en *Pepita Jiménez* la crítica está muy diluida en el ambiente bucólico, y va cobrando fuerza en *Doña Luz*, en *Juanita la Larga* aparece de forma mucho más explícita y contundente, pero con la diferencia de que en ella, en contraste con *Doña Luz*, brillan nuevamente y en todo su esplendor la ironía valeriana y su pasión por las costumbres andaluzas.

Se ha subrayado, con razón, que es la obra más costumbrista de Valera, y ello es fácilmente comprobable en la infinidad de pasajes en que el autor se demora en minuciosas descripciones de la gastronomía, las fiestas y la indumentaria del pueblo de Villalegre. Paralelamente, la perspectiva irónica y el ataque social se acenúan. En *Pepita Jiménez* asistíamos al desarrollo de los amores entre una viudita y un joven seminarista; *Doña Luz* trataba el mismo tema (el amor espiritual frente al sensual) pero con un desenlace radicalmente distinto, y daba mayor atención a la crítica del sistema político. En el caso de *Juanita la Larga*, la inferior posición social de la protagonista (hija ilegítima de Juana la larga, costurera, cocinera y comadrona del pueblo), de la que se enamora el protegido del cacique, da pie a Valera para tratar en profundidad las complejas redes sociales y morales que rigen el pueblo, mediante un mecanismo de ensalzamiento / devaluación irónica que se repite constantemente.

Mientras que en *Pepita Jiménez* lo primero que se ofrece al lector es la descripción idealizada de la vida campestre, de mano del joven don Luis, en ésta, al igual que en *Doña Luz*, el autor opta por la presentación de los personajes, lo que le servirá para penetrar en las jerarquías sociales desde el comienzo. Igual que en la novela anterior, *Juanita la Larga* se inicia con una visión favorable—en principio—del cacique y de don Paco, su valido y protagonista:

"Sin duda, Andrés Rubio, si hubiera vivido en Roma en los primeros siglos de la era cristiana, hubiera sido un Marco Aurelio o un Trajano; pero como vivía en Villalegre, y en nuestra edad, se contentó y se aquietó con ser el cacique, o más bien el César o el Emperador de Villalegre, donde ejercía mero y mixto imperio y donde le acataban todos obedeciéndole gustosos. El diputado novel, no obstante, ensalzaba más a otro sujeto del distrito, porque sin él no se

¹⁹ *Doña Luz*, edición de Enrique Rubio, op. cit., pp. 33-34.

mostraba la omnipotencia bienhechora de don Andrés Rubio /.../ se llamaba este personaje don Francisco López. /.../ El alcalde y los concejales, rústicos labradores por lo común, a quienes don Andrés Rubio hacía elegir o nombrar, le estaban sometidos y devotos, y como no entendían de reglamentos y hacienda, don Paco era quien repartía las contribuciones y lo disponía todo /.../ y era tan campechano y dicharachero, que alcanzaba envidiable favor entre los hortelanos y verduleras, quienes solían enviar a su casa, para su regalo, según la estación, ya higos almirados, ya tiernas lenguas /.../ Con tantos oficios florecía él y medraba que era una bendición del cielo, y aunque había empezado en su mocedad por no poscer más que el día y la noche, había acabado por ser propietario de buenas fincas (pp. 27-29)²⁹.

Sin embargo, pese a la alabanza y aceptación tácita del sistema vigente en la España rural del momento que Valera parece mostrar, el capítulo se cierra con un comentario que niega toda la euforia inicial:

"Menester es confesar que todo este florecimiento tenía una terrible contra: la dependencia de don Andrés Rubio /.../ Por útiles y habilidosos que los hombres sean, y por muy aptos para todo, no se me negará que rara vez llegan a ser de todo punto necesarios, singularmente cuando hay por cima de ellos un hombre de voluntad enérgica y de incontrastable poderío a quien sirven y de cuyo capricho y merced están como colgados /.../ Don Paco tenía plena conciencia de lo que debía y de lo que podía esperar y temer aún de don Andrés; de suerte que tanto por gratitud, cuanto por prudencia previsor, le servía con la mayor lealtad y celo y procuraba complacerle siempre. (pp. 30-31)".

Acto seguido, el autor procede a la presentación de doña Inés, hija de don Paco y personaje de una gran influencia moral y social en Villalegre. Pero si bien comienza a describirla con los rasgos de una mujer acomodada, esposa y madre abnegada, con un fuerte sentido del deber, y de su poder e influencia benéfica en el pueblo, no es menos cierto que cada apreciación va al instante matizada por un comentario irónico, equívoco. Es decir, usa desde el principio el juego ya mencionado de ensalzar al personaje para después hacer tambalear en el lector la imagen benévola que él mismo le ha hecho concebir:

"Viudo hacía más de veinte años, tenía una hija de veintiocho, que había sido la más real moza de todo el lugar, y que era entonces la señora más elegante, emporrotada y guapa que en él había. Hacía ya diez años que ella había logrado cautivar la voluntad del más ilustre caballero del pueblo, del mayorazgo don Álvaro Roldán, con quien se había casado y de quien había tenido la friolera de siete robustos y florecientes vástagos entre hijos e hijas /.../ Doña Inés, que así se llamaba la venerada esposa de don Álvaro Roldán, tenía también muchos costosos caprichos de varios géneros /.../ Como don Álvaro Roldán estaba ausente más de

la mitad del tiempo, ya cazando conejos, perdices y liebres, ya en distantes monerías, ya en las ferias más concurridas de los cuatro reinos andaluces, doña Inés se quedaba sola, pero tenía para distraerse varios recursos, además del de la lectura de libros serios /.../ Amigas tenía pocas doña Inés, porque casi todas las hidalguitas y labradoras de la población estaban muy por debajo de ella en entendimiento, ilustración, finura y riqueza. Quien más acompañaba, por consiguiente, en su soledad a doña Inés, era el cacique don Andrés Rubio, embobado con el afable trato de ella y cautivo de su discreción y de su hermosura. Daba esto ocasión a que los maldicientes supusiesen y dijese mil picardías. Pero ¿quién en este mundo está libre de una mala lengua y de un testigo falso? ¿Cómo la gente grosera de un lugar ha de comprender la amistad refinada y platónica de dos espíritus selectos? (pp. 32-34)".

El tratamiento es muy distinto, no obstante, cuando Valera se refiere Juana la Larga y a su hija, Juanita. El mecanismo ensalzamiento / devaluación irónica desaparece. No hay ambigüedad alguna en la presentación de ambos personajes; muy al contrario, en su lugar, el autor se complace en el examen minucioso de las habilidades de Juana la Larga (comadrona, fina costurera y experta en platillos y dulces andaluces), dando lugar a uno de los episodios costumbristas más conocidos y apreciados. De igual modo, Juanita se nos presenta como una mocita despejada, hermosa, algo salvaje y loca en su atolladrada juventud. Sólo una mancha, aparentemente olvidada, enturbia la fama de las dos Juanas: Juanita es hija ilegítima de un oficial de Caballería muerto en la guerra carlista. Sobre este punto volveremos más tarde.



Retrato femenino de época. Cubierta de la edición de *Juanita la Larga*, Madrid, Yericó, 1990.

²⁹ Sigo la edición de Yericó, Madrid, con prólogo de Rosario de la Iglesia.

No faltan, sin embargo, pasajes que recuerdan mucho a las idealizadas descripciones de la naturaleza y la vida rural de *Pepita Jiménez*:

"Las flores abundaban en Villalegre, gracias a la fuente del ejido, cuyas milagrosas propiedades ya hemos elogiado, y gracias también a otros caudalosos veneros, que brotan entre rocas al pie de la inmediata sierra, y a varias norias y a no pocos pozos de agua dulce, con los cuales se riegan huertos, macetas y arriates. Por entre los hierros de las cancelas que había en las mejores casas se veían floridos patios, en algunos de los cuales los naranjos y las acacias prestaban grata sombra ././ Los gorriones, los jilgueros, las golondrinas y otras cien especies de pintados y alegres pajarillos salen a la campiña con el alba, a coger semillas, cigarrones y otros bichos con que alimentarse; pero todos anidan en el término de Villalegre, y vuelven a él, después de sus excursiones, para guarecerse en sus sotos y umbrías, para beber en sus cristalinos arroyos y acequias, y para regocijarse aquel oásis con sus chillidos, trinos y gorjeos. (pp. 86-87)"

Igualmente bucólicas son las páginas que describen el "locus amoenus" al que llega en su huida don Paco, preso de mal de amores:

"Casi corriendo bajó por una cuesta muy pendiente y vino a encontrarse, después de media hora de marcha, en una estrecha cañada que se extendía entre dos cerros formando declive. Iba saltando por él un arroyuelo y sonando al chocar en las piedras. El arroyuelo, al llegar a sitio llano y más hondo, se dilataba en remanso circundado de espadaña y de verdes juncos. Algunos alerces y gran abundancia de mimbrones daban sombra a aquel lugar y le hermoseaban frondosas adelfas, cubiertas de flores rojas, y no pocos espinos, escaramujos y rosales silvestres, llenos de blancas y encarnadas mosquetas. Sitio tan apacible convidaba al reposo, y convidaba a beber el agua limpia del remanso, cuya faz tranquila, rizándose un poco, delataba la mansa corriente o que el agua no estaba estancada y sin renovarse. El sol, que se había elevado ya sobre el horizonte y se acercaba al cenit, difundía mucho calor y luz sobre la tierra, y don Paco, buscando sombra, vino a sentarse en un ribazo y se puso a contemplar el agua. (p. 163)"

En *Pepita Jiménez* estas bellas descripciones aparecen siempre de la mano de don Luis; en *Juanita la Larga* es el narrador omnisciente el que las realiza. Del mismo modo, nos introduce en las festividades de Semana Santa, en las apacibles tertulias (una, la más selecta, en casa de doña Inés, la otra en casa de Juana la Larga), creando así un ambiente apacible, más o menos beatífico, pero que en realidad precede al desencadenamiento de la acción, es la calma antes de la tormenta:

"Desde el amanecer empezó a solemnizarse el 4 de agosto de manera estruendosa: con repique general de campanas. Multitud de gente, así de la villa como de no pocos lugares cercanos, circulaba por la vía pública, acudía a la plaza, o se agolpaba en la carrera por donde había de ir la

procesión ././ La población entera estaba de gala. Los hombres, bien afeitados, pues la víspera quedaron abiertas las barberías ././ Las mujeres de todas las clases sociales habían sacado sus trapitos de cristianar para adornarse aquel día (pp. 85-86).

"La Casilla era y es todavía en algunos lugares el Casino y el Ateneo primitivos y castizos. Por lo general, y así sucedía en Villalegre, la Casilla estaba en una sala relativamente cómoda y espaciosa, detrás de la botica. Allí leían periódicos, se fumaba, se charlaba y se jugaba a la malilla, al tresillo, al trauquilor y al tute, y tal vez al ajedrez, al dominó y a las damas (p. 110) ././ La tertulia de doña Inés estaba más concurrida que nunca, sobre todo los jueves, días de gran recepción ././ De diario eran tertulianos constantes el padre Anselmo y don Andrés. Y lo era asimismo el médico (p. 145)".

No se puede perder de vista que Valera siempre utiliza la "alabanza de aldea" para hacerla contrastar con la vida real, la cual se revela en su narrativa a través de la ironía, según se ha dicho repetidas veces. En los primeros capítulos el autor nos presenta a los protagonistas principales de la historia y la serenidad de los días en un pueblecito andaluz; pero al mismo tiempo advierte del poder político-social de los primeros, y de la capacidad murmuratoria del segundo, y deja al descubierto la peligrosa grieta que desmoronará este aparente equilibrio:

"Juana la Larga no podía menos de ser querida y estimada en Villalegre, consiguiendo que su severa y más alta sociedad o *highlife* le hubiese perdonado un desliz o tropiezo que tuvo en sus mocedades ././ A lo que se cuenta, cierto oficial de Caballería ././ se enamoró de ella y logró enamorarla. No se sabe si le dio palabra de casamiento o no se la dio; pero lo cierto es que el bueno del oficial tuvo que irse a la guerra civil ././ y allí le mató una bala carlista ././ Juana quedó, semivida. Póstuma o no póstuma, tuvo una niña preciosa / ././ Esto era considerado como una gran desvergüenza entre las personas severas del lugar, que clamaban contra el escándalo y el mal ejemplo; pero poco a poco todos se fueron acostumbrando, y al cabo de algunos años nada parecía más natural ni más justo sino que Juanita fuese hija de Juana (pp. 40-42)".

Esta "culpa" dormida, por así decirlo, despertará con singular estruendo cuando se introduzca el elemento perturbador: el "impropio" enamoramiento de don Paco por la hija bastarda de la cocinera del pueblo. Toda la armonía idílica se viene abajo; la influencia de doña Inés, furiosa ante este impensable hecho, convierte a madre e hija en advenedizas que intentan usurpar un puesto en la sociedad que no les corresponde, y los viejos rumores renacen con más fuerza y malignidad que nunca, culminando en franco vituperio en las festividades de San Pedro, cuando en medio de todo el pueblo, el padre Anselmo, instigado por doña Inés, dirige su sermón contra ellas:

"Como Juana iba tan engreída y tan ufana con el asombroso esplendor y con la rara belleza de su niña, no buscó para ponerse con ella de rodillas un sitio más apartado, sino el mejor y más visible. Ambas mujeres fueron a plantificarse en un pequeño claro, inmediato a los escaños de que estaban el Ayuntamiento y don Paco y don Andrés; claro que el respeto y la humildad de otras mujeres habían contribuido a formar, y en cuyo límite, no distante, se hallaba doña Inés, la cual tomó aquella intrusión por desaforado atrevimiento, y ardió en sed de imponerle pronto y severo castigo. Al efecto, había ya prevenido al padre Anselmo, y le tenía muy sobreexcitado contra Juanita y contra su madre /.../ En suma, el padre Anselmo estuvo bien aquel día: censuró el vicio sin censurar al vicioso, y no designó ni aludió a nadie. De esto se encargó la maliciosa envidia de las mujeres, excitada con disímulo por doña Inés. Todas hicieron a la empujillada Juanita blanco de sus insolentes miradas. La consideración del origen ilegítimo de la muchacha vino a corroborar la creencia de que era pecadora. Cada cual recordó allá en sus adentros alguna de las varias sentencias vulgares que sostienen como verdad la transmisión de la culpa por medio de la sangre /.../ No pecaban las dos Juanas por engendradas ni por medrosas; pero apenas pudieron resistir la muda y formidable tempestad que descargó sobre ellas (pp. 93, 96-97)"

Este es el punto culminante de la novela. Juanita se halla en la picota de las murmuraciones ("Juana la Larga fue declarada una lagartona de primera fuerza; Juanita, una moza descarriada que estaba ya pervertiendo y corrompiendo las buenas costumbres, y don Paco, un viejo chifladísimo, a quien hija y madre ponían en ridículo e iban a chupar cuanto poseía", p. 113), y es ahora cuando debe decidir, y decide, el camino a seguir en adelante. Haciendo caso omiso de las críticas desechadas que su madre hace de las personalidades del pueblo, la joven ve claro contra quién debe realmente luchar:

"Yo no me quejo de la reina ni del cura. De quien me quejo es de aquella embustera gazmoña de doña Inés, que es la que ha armado contra mí todo este gatuperio. Ella me las pagará. ¡Voto a Cristo que me las pagará! /.../ Por esta cruz lo juro: yo me vengaré. Ella se acordará toda su asquerosa vida o me han de borrar el nombre que tengo /.../ No me faltará cachaza. He de disimular más y he de ser más hipócritona que esa indina (p. 99) /.../ Lo que quiero decir es que nosotros, tú, él y yo, seríamos los reventados si hiciésemos tal desatino [aceptar la propuesta de matrimonio de don Paco]. No lo sufriría doña Inés, y el cura y el cacique, la Iglesia y el Estado, lo temporal y lo eterno, caerían sobre nosotros y nos aplastarían. Nos echarían del lugar a patadas (p. 115) /.../ Es indispensable que yo me enmiende y que ajuste mi conducta a la razón y a la conveniencia /.../ La vida de zagalona rústica no hay que pensar en hacerla de nuevo. Dios me libre también de recaer en la mala tentación de presumir de princesa /.../ Ahora me conviene seguir por un justo término medio: salir poco de casa, coser y bordar mucho e ir con frecuencia a la iglesia, a misa y a mis devociones, muy humilde, con mi vestidito de percal y cobijada así borrar la mala impresión que necia e inocentemente he causado, y hasta llegar a adquirir reputación de santa (pp. 121-122)."

Y es así como Juanita va recobrando su perdida

reputación, lentamente, pero a paso seguro:

"El recogimiento y la austeridad de Juana al fin surtieron efecto. La idea que el padre Anselmo concibió de que había logrado convertir a aquella pecadora incipiente y de atraer al aprisco a la ovejita descarriada antes de que cayese entre las uñas y la boca del lobo, fue adquiriendo resonancia y eco entre el vulgo. Juanita fue, pues, mirada si no como paloma sin mancilla, como Magdalena arrepentida y penitente, no de la culpa, sino del conato. Transcurrió más de un año antes de que Juanita, a fuerza de ingenio y de fatigas, lograse resultado tan brillante. La rígida doña Inés era la más difícil de ablandar /.../ Cuando llegaban a oídos de Juanita noticias de la terca incredulidad de doña Inés y de que la sospechaba de hipócrita, Juanita decía para sí: no es mal sastré el que conoce el paño; y sin arredrarse seguía por el camino que se había trazado (pp. 129-130)".

Juanita irá ganándose a su enemiga poco a poco, atacándola por su talón de Aquiles: la complacencia en sí misma, es decir, haciéndole creer que gracias a ella la joven se ha salvado del pecado. La sensación de ser protectora y benéfica influencia sobre el alma descarriada, hace que doña Inés se sienta tan poderosa y magnánima, que no tarda en convertir a Juanita en su compañera predilecta, si bien nuevamente Valera no pierde oportunidad de ironizar sobre tanta cristiana bondad:

"La privanza de ésta con doña Inés llegó al fin a su colmo. Estas prodigiosas conquistas de la paciente y despejada muchacha le prestaron desde luego confianza en sí misma, y pudieron darle mucha honra, si ella entendiese que la necesitaba, más apenas le dieron material provecho, que era de lo que más necesidad tenía. Pensaba doña Inés que no había mejor ni más espléndida paga que su afecto. Suponía tal la elevación del alma de Juanita, que hubiera sido injuriarla ofrecerle dinero. /.../ Y después de estos razonamientos tan juiciosos, como doña Inés no pagaba a Juanita sino lo que costaba, y no le pagaba, para no humillarla, ni las horas que empleaba leyendo libros ni el tiempo que perdía escuchando sus disertaciones, resultaba que doña Inés, por obra y gracia de lo mirada que era, tenía lectora y auditorio y acompañante de balde (pp. 132-133)".

En suma, Juanita termina rehabilitándose a los ojos de todo el pueblo. Como sabemos, en medio de su proyectada venganza se da cuenta de que está realmente enamorada de don Paco, pese a que lo había rechazado como esposo en repetidas ocasiones; celosa ante la decisión de doña Inés de casar a su padre con la rica viuda doña Agustina, coquetea con el cacique para provocar la reacción de su enamorado, el cual, creyendo su fracaso seguro, huye al campo, para volver luego victorioso tras apresar a Antoñuelo, que de ser amigo inseparable de Juanita termina convirtiéndose en bandido. Los enamorados se explican y se reconcilian, Juanita pone en su lugar al lascivo don Andrés en presencia (secreta) de doña Inés, e informa a ésta, que queda subyugada ante la pasión y el arrojío de su protegida, de su negativa a ser

monja y de su inminente boda con don Paco. La novela termina tan felizmente como era de esperar: vueltas las aguas a su debido cauce, se restaura la armonía idílica inicial²¹, con los ya habituales comentarios irónicos del autor:

"Don Paco sigue gozando de la privanza del cacique y gobernando en su nombre cuanto hay que gobernar en la villa. Juanita, casada con él, le adora, le mimaba y le ha dado dos hermosísimos pimpollos!... El pobre don Álvaro Roldán es el que está muy averiado. Hace ya tiempo que se quedó lelo, paralítico y con los dedos engarabados!... En cuanto a doña Inés, afirma mi amigo el diputado que está hermosa y fresca todavía, y que pudiera hacer el papel de Angélica, aunque algo metida en carnes. Conserva todas sus virtudes, incluso la prolífica, y en estos últimos años ha conseguido que los vástagos de su ilustre casa lleguen a la docena. El cacique permanece soltero e imperando en el lugar con la sabiduría y la moderación de los Antoninos en Roma (pp. 248-251)"⁰.

Pero ni este final felicísimo logra disipar del todo la profunda crítica social que vertebra el relato. En esta ocasión, Valera ataca de forma mucho menos velada que en *Pepita Jiménez* la hipocresía que reina en todas partes, incluso en la clase dirigente; las minuciosas descripciones costumbristas son los contrafuertes que sostienen la novela contra la posible censura. A medida que avanzamos en la lectura, y por más que el narrador nos habla de pajarillos, fuentes, patios floridos, dulces y procesiones, no podemos dejar de ver lo que el autor quiere que veamos, entre otras muchas cosas, el cuestionable poderío del cacique y su protegido, la lascivia de don Andrés y

de don Álvaro, la hipocresía de la perfecta doña Inés, liada en secreto con el cacique, y del que termina teniendo al menos cinco hijos que hace pasar por legítimos de su marido, pese a que éste, como explica jocosamente el autor, se ha quedado tonto y parapléjico...

Pero, sobre todo, se atacan los prejuicios sociales y la malicia latente en un pueblo que nada tiene en realidad de "locus amoenus". Porque, ¿cómo logra la protagonista triunfar? La respuesta es clara: aceptando las reglas del juego, es decir, siendo hipócrita como los demás. Juanita reconoce rápidamente su vía de salvación. Si cuando era una mocita alocada pero virtuosa el pueblo la devoró sin compasión, en su papel de falsa arrepentida, que tantas lágrimas de rabia le cuesta, consigue vencerlo. No importa cuál sea el fondo verdadero de las cosas, sólo la apariencia cuenta.

Como se puede apreciar, el análisis de sus obras revela una imagen de Juan Valera sumamente compleja. Juega con el tópico de la "alabanza de aldea" de la misma forma que con todo lo demás, exaltándolo, subvirtiéndolo, tiñéndolo siempre de la ironía que lo caracteriza. Cerramos este estudio con las palabras del sa-gaz Leopoldo Alas "Clarín", que supo apreciar en su época el verdadero talento del autor cordobés: "Don Juan Valera es en el fondo mucho más revolucionario que Galdós!... Su humorismo profundo, sabio, le ha llevado por tantos y tan inexplorados caminos, que bien se puede decir que Valera ha hablado en castellano y ha hecho pensar y leer entre líneas lo que jamás autor español había sugerido al lector atento, perspicaz y reflexivo."²²

BIBLIOGRAFÍA

- FEAL, C.: "*Pepita Jiménez* o del misticismo al idilio", en *Juan Valera*, edición de Enrique Rubio Cremades, Madrid, Taurus, 1990, pp. 263-275.
- GARCÍA CRUZ, A.: *Ideología y vivencias en la obra de Juan Valera*, Universidad de Salamanca, 1978.
- GUEVARA, A.: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea / El arte de marear*, edición de Asunción Rallo, Madrid, Cátedra, 1984.
- LÓPEZ JIMÉNEZ, L.: *El naturalismo y España: Valera frente a Zola*, Madrid, Alhambra, 1977.
- MARQUEZ VILLANUEVA, F.: *Menosprecio de corte y alabanza de aldea (Valladolid, 1539) y el tema áulico en la obra de Fray Antonio de Guevara*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 1998.
- MONTESINOS, J. F.: *Valera o la ficción libre*, Madrid, Gredos, 1957.
- MORENO HURTADO, A.: "El elemento castizo en la obra de don Juan Valera", I y II, *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, nº 126, año LXIV, 1994, pp. 317-329, y nº 127, año LXV, 1994, pp. 433-444 respectivamente.
- PALOMO, M. P.: "*Pepita Jiménez*", en *Juan Valera*, edición de Enrique Rubio, op. cit., pp. 276-297.
- THURSTON-GRISWOLD, H.: *El idealismo sintético de don Juan Valera: teoría y práctica*, Maryland, Scripta Humanistica, 1990.
- VALERA, J.: *Pepita Jiménez*, edición de Andrés Amorós, Madrid, Espasa-Calpe, 1986; introducción y notas de Demetrio Estébanez Calderón, Madrid, Alianza Editorial, 1987, y edición de Leonardo Romero, Madrid, Cátedra, 1989.
- Juanita la Larga*, edición, introducción y notas de Enrique Rubio, Madrid, Castalia, 1985; con prólogo de Rosario de la Iglesia, Madrid, Yericó, 1990.
- Doña Luz*, edición de Enrique Rubio, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.
- Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947-1949.

²¹ "Si con anterioridad el entorno geográfico de su niñez había asomado en las páginas de *Pepita Jiménez*, *Las ilusiones del señor Faustino*, *Doña Luz*, *El comendador Mendoza*,... o en cuentos como *El doble sacrificio* o *El maestro Raimundo*, con distintos matices y peculiar perspectiva, en *Juanita la Larga* la ambientación e idealización del mundo rural limarán toda suerte de asperezas y controversias con tal de proporcionar el autor un desenlace feliz", en VALERA, J., *Juanita la Larga*, edición, introducción y notas de Enrique Rubio, Madrid, Castalia, 1985, p. 41.

²² Recogido en *Pepita Jiménez*, edición de Andrés Amorós, op. cit., p. 18.